

Revista Aragonesa de Teología

Año XXIV - Nº 47 - 2018
Enero - Junio



Revista Aragonesa de Teología

**CENTRO REGIONAL
DE ESTUDIOS TEOLÓGICOS DE ARAGÓN
2018**



Edita:
C.R.E.T.A.
Centro Regional de Estudios Teológicos de Aragón

Dirección:
José Alegre Aragüés

Comité de redacción:
Ernesto Brotóns
José Ignacio Blanco
Luis M^a Torra
Estela Aldave Medrano

Administración:
C.R.E.T.A.
Ronda Hispanidad, 10
50009 Zaragoza
Telf. 976467378

Suscripciones:
Secretaría del C.R.E.T.A.

Confección y maquetación:
C.R.E.T.A.

Impresión:
COPY CENTER DIGITAL
ISSN: 1135-0447
Depósito legal: Z-169/95

SUMARIO

	<u>Pág.</u>
EDITORIAL	5
1. <i>El diálogo interreligioso, postulado de la razón y exigencia de la fe</i> Julián Abad, periodista y escritor	7
2. <i>María en la Iglesia, después de la exhortación marialis cultus y de la constitución lumen gentium</i> Francisco Martínez García	21
3. <i>Un mejor diálogo ciencia – fe</i> J. Santiago Pons	33
4. <i>El Libro de la Sabiduría</i> Antonio Bruna Sánchez	49
5. <i>Astrobiología y Teología</i> Juan Pablo Martínez Rica	55
6. <i>Antología Poética del final (II)</i> Andrés Ortiz Osés	99

EDITORIAL

El compromiso por la renovación de la Iglesia se ha puesto de moda por la insistencia que el Papa Francisco pone en cualquier ocasión que tiene para hacernos llegar esa invitación que responde a la necesidad que él ve en una Iglesia encerrada en sí misma y atrapada en sus costumbres más que andariega y ligera de equipaje.

Lástima que mientras Francisco nos insta a una renovación profunda de mentalidad que se esfuerce en hacer asequible y significativo el Evangelio para la vida de tantas personas sumidas en las dificultades de un presente carente de sentido y ansioso de esperanza, nosotros entendamos la renovación como el uso de altavoces nuevos que lleven nuestras anticuadas palabras y costumbres a los oídos de nuestros feligreses que, efectivamente, tienen crisis de oído, consecuencia de la edad, y necesitan audífonos nuevos porque los anteriores se les han quedado viejos o se les ha agotado la pila.

Es frecuente el uso de un doble lenguaje que nos hace usar las mismas palabras con resonancias tan diferentes.

Habla Francisco de ser una Iglesia de puertas abiertas y, rápidamente, hay quien amplía el horario de su oficina parroquial o de horas de culto. Hace referencia a la integración de las mujeres en la Iglesia y hay quien les confía no solo el lavado de la ropa, también el encendido de las velas y hasta el toque de campanas.

Hay quien piensa que por citar sus frases van a conseguir el mismo impacto renovador y novedoso que provoca él con su lenguaje fresco y directo, cuando lo único que consiguen es lo contrario porque sus palabras van acompañadas de la misma rutina pastoral y humana de siempre. No están respaldadas por un cambio sincero y real.

Necesitamos salir a las periferias, que no son las calles que marcan los límites de nuestros territorios parroquiales, sino salir a la intemperie de la vida, donde azotan los vientos y hay horizontes lejanos, para sentir la desnudez de la fe en un mundo tan cambiado y tan cambiante, al que nuestros discursos de espiritualidad anquilosada y cursi le repelen. Necesitamos salir de los Egiptos eclesiásticos que atrapan a tantas personas y pretenden controlarlo todo por medio de sus faraones y capataces.

Una Iglesia en salida es ponerse en Éxodo y sentir la necesidad de liberarse de tanta atadura costumbrista o de tanta promesa de ollas, que no dejan caminar con frescura, y renovar, cada día, la confianza en el Dios que nos acompaña en el camino y no se queda detenido en una historia cuyo cambio es veloz, vertiginoso.

El Dios de la historia humana no puede quedar petrificado. Cada generación anhela escuchar hablar de él en su propio idioma, para que su significado le sirva en las cuestiones que aparecen a lo largo del camino como inquietudes, preguntas o provocaciones.

Jesús, ligero de equipaje, andaba y andaba por los caminos que le acercarían al objetivo de su proyecto. Con los pescadores hablaba de redes, con los agricultores evocaba las flores o la siembra y con los pastores hablaba de ovejas, a la vez que a los legalistas fariseos los ponía en su sitio o a los sacerdotes y levitas les ridiculizaba su sentido de obligación cultural que ponían por encima de su obligación fraternal. La historia la llevaba dentro porque era, es, muy humano. Fijarlo en fórmulas o costumbres tiene el peligro de deshumanizarlo. Es lo que nos pasa. Y es lo que intenta meternos dentro este Papa. Pero muchos seguirán citándolo cambiando por completo el sentido de sus palabras y el aire de sus actitudes.

Hacer una renovación es una tarea profunda y prolongada que pone en movimiento todo lo que conforma nuestra realidad comunitaria, no solo la apariencia exterior sino todo. Para empezar podríamos hacer el esfuerzo de un cambio profundo en el lenguaje religioso. Cambiar las palabras no es cambiar la Palabra ni el mensaje sino el eco que provoca alrededor fruto de un esfuerzo de renovación interior con extensión en las formas exteriores y, sobre todo, en las relaciones personales. Para que a Dios lo sintamos vivo tiene que estarlo en nuestra comunicación.

El diálogo interreligioso, postulado de la razón y exigencia de la fe

Rev. Aragón. Teol. 47 (2018)

Julián Abad, periodista y escritor

Tras muchos siglos de enclaustramiento en la ortodoxia y en su defensa mediante el enfrentamiento con la increencia y las otras religiones, el concilio Vaticano II, que supo leer los signos de los tiempos, abrió la puerta de los espíritus a un nuevo modo de relación con todo lo humano y, desde entonces, estamos aprendiendo a construir una cultura de diálogo con la increencia y con todas las confesiones religiosas. Esta cultura naciente no significa minorar el papel de nuestros mártires y apologistas ni, mucho menos, oscurecer parte alguna del sagrado depósito de la fe. Es precisamente lo contrario: un motivo para profundizar nuestra fe, para evangelizar todas las realidades humanas y para asociarnos a la vanguardia de la Humanidad en la empresa colectiva de construir, además de un hombre nuevo, una nueva sociedad. Este artículo resume la primera parte de un *Vademécum del diálogo interreligioso* que aparecerá próximamente en forma de libro.

Solo hay dos formas razonables de enfocar los problemas religiosos: una, la de quienes, conociendo a Dios, alaban y proclaman su bondad; otra, la de aquellos que, no conociéndolo, lo buscan honradamente y sin desmayo. Este rotundo dilema de **Pascal** (1623-1662) sirve aún hoy para enmarcar nuestra apuesta por el diálogo ecuménico sin exclusiones. Al dialogar, si de verdad conocemos a Dios, proclamaremos su bondad y, si no lo conocemos, estaremos en el camino para buscarlo con honradez. En el diálogo, los otros y nosotros, distanciados por nuestras certezas, nos encontraremos en la búsqueda. Este es el punto real en el que puede producirse un genuino diálogo. Sin salir, aunque solo sea metodológicamente, de nuestras certezas, solo caben sucedáneos del diálogo, no el verdadero diálogo.

Precisiones terminológicas previas y nada baladíes

Los términos *cultura* y *civilización* suelen utilizarse indistintamente para definir el conjunto de saberes, normas y modos de concebir el mundo y de relacionarse con él que tiene un grupo humano numeroso y que lo diferencia de los otros grupos. Sin embargo, no son sinónimos perfectos, sino más bien estadios o secuencias de un mismo concepto. Para **Spengler** (*La decadencia de Occidente*, Múnich 1923),

cultura es la fase más creativa y potente de una civilización. En este trabajo se utiliza exclusivamente la expresión **diálogo entre culturas**, del que forma parte esencial el diálogo entre religiones. Eludo toda mención al diálogo entre *civilizaciones* primero, porque no quiero ni siquiera remotamente sugerir que la Iglesia, que jamás propuso diálogo cuando era hegemónica, lo propone ahora como estrategia de supervivencia en un período histórico decadente; segundo, porque la expresión *diálogo de civilizaciones* está muy contaminada por el uso político espurio que de ella se ha hecho. Quien primero habló de diálogo de civilizaciones fue el ayatolá **Jatamí** (1998), en un esfuerzo por presentar el rostro más amable de la radical República Islámica de Irán. Al *Choque de civilizaciones*, libro de enorme éxito publicado por **Huntington** en 1996, opuso Jatamí dos años después su *diálogo de civilizaciones*. Tras un momentáneo éxito (la ONU declaró el 2001 como “año del diálogo de civilizaciones”), la idea desapareció de la circulación sin apenas dejar otros efectos que los retóricos. En 2004, el presidente del gobierno español **José Luis Rodríguez Zapatero** propuso en la LIX Asamblea General de las ONU formar una *Alianza de Civilizaciones*, concebida como una estrategia de cooperación entre el mundo musulmán y el Occidente cristiano. Se vendió como la panacea y el medio seguro de lograr una amable convivencia universal. El tiempo ha ido acostando aquellos propósitos inconcretos en el amplio dormitorio de las utopías.

A veces se utiliza la expresión *diálogo multicultural*, pero yo la rechazo porque, además de imprecisa, tiene unos planteamientos y una historia poco felices. El multiculturalismo es un movimiento social y educativo que nació en los países anglosajones hacia 1970 y se extendió a Holanda, Francia y, con menos fortuna, a otros países europeos. Defiende una política de **mestizaje cultural**, sin *apartheid* y sin asimilación de las culturas minoritarias. En España, esta ideología impregnó algunos planteamientos de la LOGSE (*Ley de Ordenación General del Sistema Educativo*) de 1990.

Los efectos de esta filosofía política han sido nefastos pues genera una ósmosis cultural indiscriminada, un eclecticismo religioso y una enorme distorsión de valores.. Por ejemplo, tras varios lustros de educación multicultural, en 2012 casi un 50% de los jóvenes británicos y un porcentaje escasamente inferior de holandeses aceptaba sin objeción la poligamia. Además, el multiculturalismo desata en todos los países una reacción defensiva que alimenta los partidos ultraderechistas y xenófobos. En Inglaterra se está revisando el modelo educativo multicultural, en Holanda se abandonó a partir de enero de 2015 y en Francia se ha optado por imponer el modelo integracionista. El modelo de gueto o *apartheid* es rechazable sin contemplaciones por vulnerar el fundamental derecho a la no discriminación. La multiculturalidad ha fracasado como modelo de convivencia y no ha sido capaz de alejar de nuestro horizonte cercano las amenazas yihadistas. Seguir proponiéndola carece de sentido.

1. El largo y tortuoso camino anterior

La relación de la Iglesia con la cultura y, como parte de ella, con otras religiones ha sido siempre conflictiva y ambigua. Baste recordar algunas fórmulas de convivencia ya ensayadas en la historia para situarnos con perspectiva en el presente. El gran historiador francés **Fernand Braudel** nos aportó una visión de la religión como el elemento constitutivo más importante de las mentalidades colectivas y, además, la perspectiva de la larga duración o **tiempo histórico** como marco indispensable de todo juicio sobre los acontecimientos, más o menos duraderos, pero siempre fugaces. Para interiorizar sin temor la novedosa actitud dialogante de la Iglesia, es útil tener en cuenta que “existe un orden o **jerarquía** de las verdades de la doctrina católica, puesto que es diversa la conexión con el fundamento de nuestra fe.” (*Vaticano II, UR 11*). Los cambios históricos de actitud, sean de confrontación, de imposición o de diálogo, son posibles porque las fórmulas concretas tienen *una conexión no directa* con la doctrina católica. En cada época la Iglesia ha variado los modos de **estar en el mundo sin ser del mundo**, pero no ha cambiado la esencia ni ha dejado de proclamar los artículos esenciales de la fe. La historia prueba que, en este asunto, la iglesia ha ido avanzando, como es habitual en el devenir humano, a través de ensayos y errores, hasta llegar a la era del diálogo..

1.1. Tiempo de demarcación (siglo I)

En los tiempos apostólicos, la principal preocupación de la iglesia fue evitar la contaminación del mensaje de Cristo, marcando muy claras las fronteras con el judaísmo y con el paganismo. En el Concilio de Jerusalén (*Hechos de los Apóstoles, 15*) acordaron librarse de las prácticas judías y Pablo prohíbe toda participación en ritos y banquetes paganos (*1ª Corintios, 11*) y establece el fundamento de la continuidad eclesial: **conservar el depósito de la fe** (*1ª Timoteo, 6, 20*).

1.2. Tiempo de confirmación (siglos I-IV)

En la época romana se empezó a gestionar la religión como *arma del Estado y factor principal de estabilidad social*. Al incluir al emperador en el panteón romano (*divus augustus*), quienes no rendían culto a los dioses se convertían automáticamente en reos de alta traición. La Iglesia se reafirmó más que en ninguna otra época gracias a los **mártires** y **apologetas**. En términos de fe -no de estructura- fue la época más brillante de nuestra historia.

1.3. Tiempo de imposición (siglos IV-XVI)

A principios del siglo IV, el imparable ascenso del cristianismo hizo tambalear el sistema y los emperadores vieron que, para su estabilidad, era más útil tolerarlo

que perseguirlo. Por eso, **Constantino I** otorgó un edicto de **tolerancia religiosa** (*Edicto de Milán, año 313*). Pero pronto advirtieron también que el paganismo, aunque residual, era el principal factor de inestabilidad política. En consecuencia, **Teodosio el Grande** decretó que el cristianismo fuera la **religión oficial del estado romano** (*Edicto de Tesalónica, año 380*). Este edicto hizo prácticamente obligatorio el Credo del **concilio de Nicea** (325) y además, convirtió a los sacerdotes cristianos en funcionarios del Estado y ponía al mismo nivel, *secundum apostolicam auctoritatem*, al papa Dámaso de Roma y al Obispo Pedro de Alejandría.

Podemos afirmar que **Teodosio fue el primer cesaropapista de la historia**, pues intervino abusivamente en los asuntos eclesiásticos y fue él quien convocó el **I Concilio de Constantinopla** (381). La fórmula de Teodosio consistía en declararse *protector de la Iglesia* para que nadie se opusiera a sus intervenciones en los asuntos eclesiásticos. Este protagonismo imperial garantizaba la unidad cristiana y excluía la presencia y proselitismo de los herejes y de cualquier otra confesión religiosa. La fórmula daba estabilidad política y religiosa por lo que fue gustosamente aceptada por el Estado y por la Iglesia y estuvo vigente durante toda la edad Media y parte de la Moderna. Esta mentalidad produjo las **Cruzadas** contra el enemigo exterior y el tribunal de la **Inquisición** para perseguir la herejía y la heterodoxia interior.

1.4. Tiempo de confrontación (siglos XVI-XIX)

Con la fractura de la cristiandad, primero en Oriente (siglo XI) y luego la de Occidente (siglo XVI) se quebró el modelo medieval de *Universitas christiana*. La conmoción que, con la reforma luterana sacudió Europa, estuvo en el origen de un período de feroces guerras entre protestantes y católicos. La llamada **Paz de Augsburgo** (1555) trató de solucionar el problema decretando que cada territorio debía tener la religión de su príncipe (*Cuius regio illius religio*), lo que no era sino una aplicación en cada territorio de los principios teodosianos. Pero los tiempos habían cambiado y la fórmula fracasó. Para poner fin a las crueles guerras de Religión en Francia (1563-1598), **Enrique IV**, que había sido protestante, para poder reinar se convirtió al catolicismo ("*París bien vale una misa*") y promulgó el **Edicto de Nantes** (1598) por el que, con algunas restricciones, se toleraban otras confesiones. Este edicto fue revocado en 1685 (**Edicto de Fontainebleau**) por **Luis XIV** al declarar ilegal toda religión "excepto la católica, única verdadera".

La unidad religiosa aseguraba el absolutismo real y fue el fundamento que presidió la política de las monarquías nacionales modernas. Como la fórmula era también beneficiosa para la Iglesia-estructura, se produjo un expreso alineamiento de la mayor parte de los intelectuales eclesiásticos con esta política. El obispo **Bosuet** (1627-1704) fue el mejor apologeta del absolutismo real, pues llegó a afirmar que, como representante de Dios en la tierra, el rey ha de tener poder absoluto sobre

todas las personas e instituciones porque "limitarlo equivaldría a limitar el poder de Dios". No faltan razones a los historiadores que consideran a Bosuet padre intelectual del absolutismo real y por tanto del galicanismo. Es decir, la Iglesia fue de algún modo causa de sus propios sufrimientos.

1.5. *Tiempo de transición (siglos XVIII-XIX)*

Con la revolución francesa termina el absolutismo real, pero no el galicanismo o absolutismo del Estado en materia religiosa. La naciente república francesa promulgó la **constitución civil del clero** (1792) y exigió a los sacerdotes seculares jurarle fidelidad. Quienes se avinieron a ello (los **juramentados**) se convirtieron en funcionarios del Estado y quienes no se avinieron (los **refractarios**) fueron desterrados. Las órdenes religiosas fueron disueltas. De esta forma, el **galicanismo real** se transformó en **galicanismo republicano** que perduró, con muchas vicisitudes, hasta la separación de la Iglesia y el Estado en 1905.

1.6. *Tiempo de ecumenismo (siglos XIX- XX)*

En el siglo XIX, un grupo de intelectuales anglicanos promovió un movimiento ecuménico, conocido como **Movimiento de Oxford**, cuya figura más conocida era **J. H. Newman**, que se convirtió al catolicismo en 1845, fue nombrado cardenal por **León XIII** y canonizado por **Benedicto XVI** durante su visita a Inglaterra de 2010. Este grupo propugnaba un entendimiento mundial de todas las confesiones reformadas e invitaron a unirse a la Iglesia católica. La respuesta de los papas León XIII, **Pío X** y **Benedicto XV** fue que no había otra unión más que la vuelta a la Iglesia de Roma. **Pío XI** en su encíclica *Orientalium rerum* (OR de 1928) no utiliza ya esa fórmula, pero condena sin ambages todo movimiento pancristiano que no parta del explícito reconocimiento de la primacía del Papa romano. Los razonamientos utilizados en esta encíclica constituyen un preciso resumen del pensamiento oficial de la Iglesia en ese momento. Pero ya alboreaba subterráneamente la nueva edad del diálogo que pondría en marcha el Concilio.

1.7. **Nouvelle théologie**: apertura a los demás (1937-1960)

En el período de entreguerras del siglo pasado la teología católica experimentó una verdadera revolución que sobrepasó en mucho las tesis de la *Suma Teológica* de Santo Tomás y las argumentaciones heredadas de la filosofía escolástica, reforzada por la encíclica *Qui pluribus* (1846) de **Pío IX** en la que prácticamente imponía el tomismo en todas las facultades católicas de teología. Los pioneros de la nueva teología encontraron muchos problemas y a varios de ellos la jerarquía les retiró la **venia docendi**. Pero el tiempo les dio la razón y hoy son referencia obligada en todas las facultades de teología..

En 1937 el dominico francés **Ives Congar** publicó su libro *Chrétiens desunés* que abrió el pensamiento católico al ecumenismo. Junto a Congar, floreció una pléyade de teólogos (**De Lubac**, **Danielou**, **Schelebeek**...) englobados en la denominación común de **Nouvelle théologie** cuya apertura mental será asumida por el concilio.

1.8. La semilla de Taizé (1940-...)

La Iglesia católica ha ido avanzando también iluminada por movimientos ajenos a ella. Desde que el monje protestante **Roger Schutz** fundó en Taizé (Francia) una comunidad religiosa cristiana, la semilla del ecumenismo allí sembrada no dejó de crecer. En la actualidad, ya muerto el Hermano Roger (asesinado a sus 95 años, mientras oraba, por una mujer en 2005) hay en Taizé cien hermanos entre protestantes, anglicanos, católicos y ortodoxos, con votos de celibato y pobreza, que viven con su trabajo de alfarería y edición de libros. Cada año, miles de jóvenes de todas las religiones conviven una temporada con los hermanos y vuelven a sus países convertidos en agentes ecuménicos de la paz y la oración.

2. El Concilio Vaticano II (1959-1965): la era del diálogo

Para valorar mejor la dimensión revolucionaria del cambio introducido en la Iglesia por el Vaticano II, baste recordar de dónde veníamos: de una anacrónica permanencia de la mentalidad medieval de Cristiandad. Por referirme solo a España, la última ejecución decretada por la Inquisición tuvo lugar en Sevilla en 1781 y su víctima fue una mujer ciega llamada **María Dolores López**. La inquisición funcionó hasta **1812**, en que las Cortes de Cádiz abolieron esta jurisdicción y sus **perniciosas prácticas**. Pero las leyes no cambian de inmediato la realidad ni los hábitos inveterados. Abolida la Inquisición, algunas diócesis, con anuencia del nuncio y complicidad del poder político crearon en 1823 las **Juntas de fe**, infausta memoria, que no eran sino hijas póstumas de la Inquisición. Hace menos de 200 años, una de estas juntas, la de Valencia, hizo ahorcar y quemar el cadáver de un maestro catalán llamado **Cayetano Ripoll** (31 de julio de 1826), al que puede realmente considerarse como el último ejecutado por la Inquisición. Las actas de ambos procesos sonrojan ahoy por la absurdez de las acusaciones y por la perversa catadura moral de acusadores y testigos. Hubieran avergonzado a sus coetáneos de no haber existido una férrea censura que impedía dar publicidad a los procesos.

Cuatro documentos del concilio fueron decisivos para el cambio de mentalidad y rumbo de la Iglesia católica en su relación con el mundo y con otras confesiones religiosas: la constitución *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo, los decretos *Unitatis redintegratio* sobre la relación con nuestros hermanos cristianos separados,

y *Nostra aetate*, sobre la Iglesia y las religiones no cristianas, y la declaración *Ad gentes*, sobre la actividad misionera de la Iglesia. El Vaticano II representa un giro copernicano del pensamiento oficial de la Iglesia. Asume los derechos de toda persona a la **libertad religiosa** y, en consecuencia, el reconocimiento de todos sus derechos a quienes practican cualquier otra religión o no practican religión alguna. El nuevo paradigma se opone diametralmente al paradigma imperante hasta el concilio que se sustancia en esta frase: “los derechos del error no pueden equipararse a los derechos de la verdad”.

Indirectamente el concilio reconoce que no hay derechos de las ideas ni de los territorios, sino solo derechos de las personas. Uno de los muchos ejemplos del cambio es el que evidencian estos dos textos referidos al hinduismo, separados por solo 70 años que, en tiempo histórico es una distancia insignificante..

1893: León XIII (<i>Ad extremas</i>)	1965: Vaticano II (<i>Nostra aetate</i> , 2)
“(Santo Tomás) convirtió a miles de hindúes de los mitos y supersticiones de los brahmanes a la verdadera religión [...] Muchos están todavía privados de la verdad, aprisionados miserablemente en las tinieblas de la superstición ”	“ ... en el hinduismo los hombres investigan el misterio divino y lo expresan mediante la inagotable profundidad de los mitos [...] y buscan la liberación de las angustias de nuestra condición mediante las modalidades de vida ascética [...] o bien buscando refugio en Dios con amor y confianza”

El decisivo primer encuentro entre **Pablo VI** y el patriarca de Constantinopla **Atenágoras I** (Jerusalén, 1964, en pleno concilio) marcó el primer paso de la nueva era inaugurada por el concilio. Ambos dirigentes acordaron mantener contactos periódicos de la Iglesia ortodoxa con la católica. Un año después, firmaron **declaración conjunta**, leída en francés el 7 de diciembre de 1965, a la misma hora en Roma, ante la séptima sesión pública del concilio, y en el palacio patriarcal (*Fanar*) de Constantinopla, llamado *Fanar* por encontrarse en este barrio de la ciudad. En esa declaración deciden conjuntamente levantar las recíprocas excomuniones que supusieron la ruptura de la unidad cristiana en Oriente (1054). Se siguió andando el camino en encuentros interreligiosos como los de **Asís**, que en julio de 2017 se ha acogido su XV edición.

La encíclica *Ut Unum Sint* de **Juan Pablo II** (1985) es un documento capital del desarrollo del pensamiento ecuménico del concilio. Llama al *conocimiento recíproco*

y a *considerar juntos nuestra dolorosa memoria para la necesaria purificación de la memoria histórica*. Se consolida así, tras siglos de ensayo y error, la **era del diálogo interreligioso**, que, consideramos con razones bien fundadas, tanto doctrinales y pastorales como de pura humanidad, como la definitiva **era de la prueba y acierto**, pues los resultados, aunque modestos todavía, auguran una vida y desarrollo muy potentes.

3. El presente: de Ratisbona-2006 a El Cairo-2017

El diálogo interreligioso no transita caminos de rosas ante la hipersensibilidad de los fundamentalistas religiosos. Pero avanza con la fortaleza y esperanza en medio de escollos. Uno de ellos lo provocó una cita incluida por **Benedicto XVI** en su intachable y muy actual discurso sobre **Fe, razón y violencia**, pronunciado en la universidad de Ratisbona (12 de diciembre de 2006), no sin advertir que las palabras citadas “serían hoy inaceptables”. La cita en cuestión reproduce un diálogo entre el emperador bizantino **Manuel II Paleólogo** (1350-1425) y un erudito persa al que le dice: *Muéstrame también lo que Mahoma ha traído de nuevo y encontrarás solamente cosas malas e inhumanas como su disposición de difundir por medio de la espada la fe que predicaba*. Esta cita fue inmediatamente difundida por la cadena islamista *Al Yazira* como si fuera palabra del papa, sin mención alguna a la tesis del discurso (“hay que solucionar los problemas de convivencia religiosa con la razón y no con la violencia”) ni a la advertencia previa del papa. La violenta reacción de los medios integristas musulmanes justificó el asesinato posterior de dos monjas en Argelia, “como respuesta a la islamofobia de Benedicto XVI”.

El discurso pronunciado por el papa **Francisco** el 28 de abril de 2017 en la universidad islámica **Al Azhar** de El Cairo sintetiza de modo admirable los mismos principios y los mismos métodos cooperativos legítimos del diálogo interreligioso que había enunciado su predecesor en Ratisbona, pero sin incluir citas ajenas embarazosas aunque no le tembló el pulso para condenar enérgicamente los recientes asesinatos de 39 cristianos coptos en Egipto a manos de yihadistas islamistas. Transcribo literalmente algunos párrafos que por su meridiana claridad no precian apostilla alguna.

“La única alternativa a la barbarie la cultura del encuentro”.

*“Juntos, desde esta tierra de encuentro entre el cielo y la tierra de alianzas entre los pueblos y entre los creyentes, repetimos un **no alto y claro a toda forma de violencia, de venganza y de odio** cometidos en nombre de la religión o en nombre de Dios. Juntos afirmamos la **incompatibilidad entre la fe y la violencia, entre creer y odiar**”.*

El gran imán de la mezquita de Al Azhar y rector de su universidad **Ahmad Tayyeb**, máxima autoridad intelectual del Islam suní, en su discurso de respuesta,

se sumó al mensaje papal, siendo especialmente duro en la condena del terrorismo islamista contra los cristianos coptos de Egipto, y pronunció frases tan contundentes como éstas: *el cristiano que recurre a la violencia no es buen cristiano, el judío que recurre a la violencia no es buen judío, el musulmán que recurre a la violencia no es un buen musulmán*. Tras estos hechos, se justifican plenamente las palabras con que el papa Francisco se refiere a su viaje a Egipto: **un viaje para la esperanza**.

4. Las premisas irrenunciables del diálogo interreligioso

Hay cuatro condiciones **sine quibus non** que hacen la relación intercultural un verdadero diálogo y no una acción paternalista, proselitista, irenista o meramente estética y buenista.

1ª. Es encuentro entre personas

El diálogo es encuentro, no imposición ni subordinación. Dialogar entre culturas no es solo hablar en abstracto de lo que nos une o nos separa; es también y sobre todo un **encontrarse con personas concretas**, que poseen convicciones tan fuertes como las nuestras y cuyas conductas son, en muchos casos, más coherentes con su fe que las nuestras. No cabe paternalismo ni santa indiferencia. Se dialoga con personas en una situación concreta, con sus inquietudes y problemas.

Quiero aquí rendir homenaje agradecido a **Mustafá Domenech**, al que conocí en Pau (Francia) en 1966. Obrero de la construcción de origen senegalés, era un musulmán instruido, buen compañero, generoso, solidario, cumplidor estricto de horarios y esmerado en todo lo que se le encargaba, sin la mínima protesta ni el menor signo de contrariedad. Antes de iniciar la jornada, extendía la alfombra de oración en el suelo, se postraba con la cabeza hacia La Meca y realizaba la oración ritual de la mañana, acción que repetía al mediodía y al anochecer ante la mirada atónita de sus compañeros, todos ellos alejados de cualquier práctica religiosa. Lo traté varios meses sin ni siquiera tocar el tema de su religión, compartiendo con respeto recíproco los problemas del trabajo, de su familia y de su integración. Después de mucho tiempo, un día me dijo: "Tú y yo oramos al único Dios, pero tú en la iglesia y yo en la mezquita". Saqué el Nuevo Testamento de la BAC que yo, entonces consiliario de la JOC, siempre llevaba en el bolsillo, y le leí el encuentro de Jesús con la samaritana (Jn 4). La samaritana pregunta: "¿Dónde debemos adorar a Dios, en la montaña de Corozáin o en Jerusalén?" y Jesús le responde: "Llega ya el tiempo en que los verdaderos adoradores adorarán a Dios en espíritu y en verdad". Estuvimos de acuerdo en esto: él en su mezquita o al aire libre y yo en mi iglesia o a la intemperie nos podemos encontrar. No coincidiremos en el camino pero sí en el punto de llegada y eso es lo importante. Andemos, pues, que la noche es larga, todos al lado, con nuestros prejuicios, miedos, recovecos y generosidades. Las civilizaciones,

como todos los universales, no tienen pie, manos, ni voz; piensan, andan, sufren, progresan y hablan en los pasos, afectos y peripecias históricas de sus miembros. Una civilización es como una casa: no podemos dialogar con el edificio, sino con las personas cobijadas en ella. Podemos dialogar desde la puerta o en atrio, pero siempre sin profanar su casa y sin permitir que profanen la nuestra.

2ª. Es un encuentro desde la propia identidad

El diálogo interreligioso no es diluirse en un magma común, un eclecticismo perverso en el que no se reconozca nuestra identidad. En una iglesia de diáspora se ha perdido la visibilidad de nuestra identidad cristiana. Me admiró siempre, y lo echo de menos entre los cristianos, la naturalidad con que musulmanes, como el ya citado **Mustafá**, los judíos como Graciela, directora de la escuela de la sinagoga de Haifa o agnósticos muestran sin pudorosas restricciones los elementos visibles de su cultura. Ello no es óbice sino estímulo para que los interlocutores seamos críticos de la imagen que de nosotros mismos proyectamos y pidamos perdón por muchos capítulos de nuestra historia. Nuestra autocritica sería y documentada es en sí misma una invitación a que también ellos pongan en cuestión algunos comportamientos que impiden la mutua comprensión. En este sentido, quiero transcribir el comentario que la citada Graciela hizo al Diálogo intercultural en un encuentro judeo-cristiano-musulmán (Valencia 2005): “Los judíos necesitamos un Vaticano II”.

Lamentablemente, los católicos no solemos manifestar con tanta naturalidad nuestros signos identitarios. El bien histórico que supuso el entierro de la Edad Media arrastró también injustamente muchas legítimas formas sociales de presencia visible de nuestra identidad. No es infrecuente encontrar jóvenes creyentes que saben mejor las obligaciones de un musulmán que las de un cristiano.

Recuerdo muchas veces una experiencia vivida por la religiosa carmelita francesa **Anne Marie Calvier**, autora del libro *Diálogo interreligioso*, con la que he coincidido en varios cursos interconfesionales. En su época de catequista, trataba de explicar a unas jóvenes qué era y qué sentido tenía la cuaresma. Las catecúmenas se mostraban muy sorprendidas al oírla hablar de oración, ayunos y sacrificios. Al final ella les preguntó: “¿Habéis entendido? Sí – dijeron a una. “Sí, ¡igualito que Fátima cuando celebra el Ramadán!” La descapitalización cultural del cristianismo es alarmante. Algo estamos haciendo mal cuando nuestros ciudadanos empiezan a saber más de los otros que de ellos mismos.

3ª. Ha de preservar siempre la primacía de los derechos humanos

Ninguna pirámide invertida mantendría su verticalidad en una superficie. Inmediatamente se acostaría sobre uno de sus lados. Quien pretende dialogar sin partir de sus propias convicciones religiosas es como el que quiere invertir la pirámide.

La base de sustentación de todo diálogo es el conjunto sin excepción de todos los derechos humanos fundamentales de la persona contenidos en la **Declaración de los derechos humanos de 1948** que, en feliz expresión de **Joaquín Ruiz Jiménez**, representan el mínimo moral de la conciencia media de una humanidad adulta”.

Ningún valor religioso es tal si trasgrede uno solo de los derechos humanos. La firmeza en exigirnos y exigir a los demás el absoluto respeto a los DDHH es la base irrenunciable del diálogo. La tibieza en defender los DDHH es incompatible con el diálogo. Cualquier tolerancia en este aspecto es un fraude a la religión y a los derechos humanos.

4ª. Ha de respetar las normas básicas de la comunidad política democrática

Las sociedades occidentales democráticas han llegado a un grado de adultez ética y política en la que están garantizados por ley todos los derechos humanos, incluidos, por supuesto, los de **libertad de pensamiento, expresión, reunión y asociación**. En este marco, todas las creencias, religiosas, agnósticas o ateas, caben y pueden desarrollarse cómodamente, siempre que ellas también acepten las reglas básicas y legítimas de cada país. Este sometimiento leal a la legalidad debe exigirse siempre a todos, a los autóctonos de cada país y a quienes lleguen a él. Necesitamos imperiosamente que se imparta una asignatura de **educación para la ciudadanía** en todos los niveles educativos y no como una *maría* ni como alternativa a la religión sino como materia troncal obligatoria para todos. Creo que la campaña contra la educación para la ciudadanía establecida por la LOE tuvo un planteamiento eclesial erróneo, al menos en parte. Era muy objetable un texto que olía a intervencionismo del Estado en materias de conciencia y a un propósito de conformar desde las aulas un **pensamiento único** transmitiendo algunos valores que una buena parte de la sociedad no comparte. Pero aceptarla como alternativa de la Religión era un absurdo, porque los católicos somos en primera instancia ciudadanos y es un contrasentido colocarnos ante el dilema de elegir uno entre dos bienes, con exclusión el otro, cuando los dos son compatibles y beneficiosos.

5ª. Necesario replanteamiento de la formación católica

Es urgente y necesario adaptar los planes de estudio y las prácticas docentes de seminarios y universidades a las exigencias de la nueva era. Urge que en las facultades de filosofía se estudien con cierta profundidad algunos autores que han venido siendo ignoradas y se dialogue con sus textos, sin resumirlos en unas líneas que, en el mejor de los casos, se limitan a hacer exégesis del pensamiento del autor y refutarlo antes de leerlo. Para que los pastores y agentes activos de la pastoral del diálogo puedan conducir con solvencia y tino es preciso una preparación cultural y

teológica, que ni los seminarios ni las universidades católicas dan en grado suficiente. La nueva sociedad exige una nueva formación de sus conductores.

Hubo un momento en mi vida en el que lamenté especialmente las lagunas de mi formación al respecto. Por mi trabajo editorial, tuve que encargarme de la dirección de un equipo de grandes filósofos, encabezado por **Emilio Lledó**, que debía redactar una historia de la Filosofía para COU. Me extrañó la importancia que los autores daban a **Pierre Bayle**, autor francés entonces para mi desconocido. Leí con avidez *Pensamientos acerca del cometa de 1680* y no podía explicarme cómo una figura de tanto relieve en la historia del pensamiento no me había sido ni siquiera mencionada en los tres años de filosofía ni en los cuatro de teología del seminario. La lectura de Bayle me causó una gran conmoción: además de arremeter contra la superstición y la ignorancia de origen religioso, Bayle sostiene una tesis esencialmente crítica de las religiones, sobre todo de las tres religiones monoteístas. Postula el ateísmo como la virtud que puede contrarrestar la nefasta influencia del judaísmo, el cristianismo y el Islam. Una frase suya, lapidaria y corrosiva me requemó durante mucho tiempo las entrañas: **Es menos nocivo para la humanidad el ateísmo que la fe religiosa, sobre todo la fe del monoteísmo**. Es la tesis de **El ateo virtuoso**, suscrita gustosamente por todos los agnósticos que, después de él en el mundo han sido.

A Bayle no le faltaban argumentos para pensar que el monoteísmo era nocivo para la humanidad. Hijo de un pastor calvinista, fue testigo y víctima de la persecución religiosa durante las ocho guerras de religión que asolaron Francia entre 1560 y 1598; para salvar su vida tuvo que exiliarse a Holanda; en su memoria familiar estaba indeleblemente impresa la enorme matanza de *Hugonotes* (protestantes) causada por los *Hotentotes* (católicos) en la **Noche de San Bartolomé** (24 de agosto de 1573); en su propia vivencia personal estaban las dificultades a las que tuvo que enfrentarse para sobrevivir después del **Edicto de Nantes** (1598) por el que Enrique IV, antiguo hugonote, decretaba una aparente tolerancia religiosa que, en realidad, era muy restrictiva para los protestantes, pues había muchas áreas, entre ellas la capital París, en las que éstos no podían ni hacer prosélitos ni establecer lugares de culto. La situación para los hugonotes volvió a empeorar cuando Luis XIV derogó el Edicto de Nantes y restableció *la paz católica*, como él la llamaba.

Si Bayle hubiera conocido la persecución religiosa del ateísmo de Estado en la Unión Soviética, los campos de exterminio nazi, las prisiones del comunismo chino o los noviciados de reeducación comunista en Camboya, su fe en el **ateo virtuoso** se habría resquebrajado. Pero no cabe duda de que la historia de las religiones está llena de intolerancia y de violencia. Instrumentalizada la religión por intereses políticos irracionales, multiplica, aún en nuestros días, los atropellos a los derechos humanos más fundamentales en nombre de Dios o al grito de *Alá es grande*.